

La seguridad comienza dentro de nosotros mismos

AlbertoRay.com

2023

Quizás la primera línea para vivir más seguros no está en costosas tecnologías ni en encerrarnos tras los altos muros de nuestras viviendas, es muy posible que la consigamos dentro de nosotros mismos. Un sinónimo de la **seguridad** es la, **certeza**. Tener certeza es contar con un alto grado de confianza, primero en nosotros mismos, y luego en cierto nivel de conexión con el entorno, a fin de entenderlo y saber responder oportunamente frente a sus cambios repentinos.

Ahora que se aproxima el fin de 2023, quisiera compartir con mi comunidad de lectores, un conjunto de ensayos breves sobre cómo reconocernos nosotros mismos frente a los riesgos y aprender a hacernos conscientes de que existen y debemos lidiar con ellos a diario. De la misma forma, necesitamos entender la **incertidumbre**, como lo opuesto a la certeza, y lo que significa, pues la podemos considerar como una medida del riesgo.

Nuestra vida diaria y nuestro trabajo serán mejores y más productivos si desarrollamos destrezas para hacernos conscientes de los riesgos, en lugar de intentar protegernos en la ignorancia.

Los invito a leer, compartir y comentar sobre las ideas que a continuación les expongo. Espero que todos reciban un feliz y seguro 2024.

¡¡Muchas gracias a todos!!



Seguridad mental

Toda seguridad implica una transacción. Para estar más seguros, algo debemos entregar. Usualmente es dinero, pero puede ser también tiempo, esfuerzo, comodidad o conveniencia. En algunos casos la transacción es directa, tangible y fácil de medir. Sabemos que el dinero compra tecnología y, la tecnología, bien aplicada, se traduce en más protección. En otros casos, sin embargo, resulta difícil medir lo intangible. ¿Cuánto tiempo, esfuerzo o incomodidad implica más seguridad? Esta respuesta depende más de las percepciones filtradas por los sentidos y que se relacionan con nuestras capacidades para valorar los riesgos.

En nuestro cerebro operan simultáneamente dos sistemas de valoración de riesgos. Uno de ellos, vinculado a lo racional, identifica elementos tangibles para estimar si la transacción resulta justa y equilibrada, mientras que el otro, se fija en la proporción entre riesgo y seguridad, que por naturaleza es subjetiva y con variables más complejas que el costo en dinero.

Ambos "cerebros" son necesarios en esa estimación transaccional y mantenerlos en equilibrio representa uno de los más grandes retos de hoy para la toma de decisiones en el campo de la seguridad. El detalle crítico de este proceso despunta cuando se altera el balance y las decisiones se inclinan hacia la percepción desplazando a la razón. Es aquí cuando vemos a personas descender de vehículos blindados en plena calle seducidos por un carrito de perros calientes en una esquina oscura.

Bruce Schenier, criptógrafo y experto en seguridad escribe en su libro *Beyond Fear* (Copernicus Books, 2003), que los humanos vemos afectado nuestro juicio frente a determinados riesgos cuando el balance entre razón y percepción se altera dependiendo las circunstancias frente a las cuales tomamos decisiones. Aquí algunos ejemplos:

- Exageramos riesgos raros y atenuamos riesgos comunes
- Resulta difícil estimar riesgos fuera de escenarios habituales
- Percibimos los riesgos personificados como mayores a aquellos que son anónimos
- Subestimamos los riesgos que voluntariamente asumimos y los sobrestimamos en situaciones que no podemos controlar
- Sobrestimamos riesgos de los que se habla continuamente o están en debate público

Cada uno de nosotros decidimos en torno a la seguridad un poco con la razón, un poco con la percepción. Es un filtro personal que llevamos precargado en nuestro software de vida y que puede afinarse o deteriorarse de acuerdo con experiencias previas o prejuicios.

Cuando se amplía la base de consulta entre múltiples involucrados, puede lograrse un antídoto posible a la carga subjetiva que llevan las decisiones vinculadas a riesgos. La combinación de visiones tiende a nivelar los juicios, por tanto, la próxima vez que usted necesite valorar riesgos, no lo haga solo, comparta el proceso con otras personas con las que pueda debatir y llegar a conclusiones.

No existe hasta la fecha, Inteligencia Artificial con capacidad de entender y actuar desde la complejidad con apenas piezas sueltas de información, como lo hace la mente humana. Es un poder único de nuestra especie y del cual abusamos con frecuencia. La realidad no siempre es como la percibimos, de vez en cuando es recomendable poner un signo de interrogación sobre aquello, que, por meros paradigmas, hemos dado siempre como seguro. Mantenga presente que una decisión transaccional de seguridad obliga a entregar algo. Por tanto, si alguien le llega a hablar de la mejor seguridad al menor costo, comience de inmediato a dudar.



La zona verde de los riesgos

Este no es un texto sobre ecología, aunque bien podría serlo, porque se trata de la salud mental de los ciudadanos.

Es común asociar a los niveles de alerta o inseguridad de un individuo, organización o inclusive un país, una escala de colores que vaya desde la condición verde hasta la roja, pasando usualmente por el amarillo y el naranja como valores intermedios. Cada color implica un estado incremental de preparación y actitud frente a los riesgos de seguridad que en determinado momento nos toque enfrentar.

De hecho, hasta el 2011 Estados Unidos utilizó el código de colores para alertas terroristas. Actualmente se emplea un sistema distinto conocido como *National Terrorism Advisory System* NTSA. Aquí su enlace en la web: <https://www.dhs.gov/national-terrorism-advisory-system>

Las personas, sin embargo, parecieran que no operamos bien con estas jerarquías sobre el peligro percibido. Al individuo común, no entrenado para escuchar su “yo” interno en la valoración de riesgos, le resulta particularmente difícil moverse progresivamente en sus niveles de alerta en función de las amenazas que lo rodean. Más bien, la gente actúa por reacción y pasa del verde al rojo de manera instantánea, en un impulso repentino de adrenalina que segrega el organismo cuando se está frente a situaciones que intuye riesgosas o simplemente le generen dudas.

Aquí, de lo que se trata es de contar con algunas estrategias para reducir la angustia que genera mantenerse en un estado sostenido de tensión y alerta inducido más por nosotros mismos que por los impulsos externos. Para ello, lo conveniente es ir educándonos en el miedo, aunque suene un tanto extraño. En el miedo, no todo depende de lo que está afuera. Buena parte se vincula a cómo estamos estructurados dentro. Son las maneras de percibir el exterior y las actitudes que asumimos frente a los riesgos, lo que en el fondo determina nuestro perfil de potenciales víctimas. La seguridad individual se construye desde dentro, y en este sentido vale la pena destacar las ventajas que se tienen cuando aprendemos a escuchar nuestros temores, pues nos llevan a ser más previsivos. Aunque la tendencia es rechazar el sentimiento y racionalizar los instintos para demostrar que podemos sobreponernos a las complejidades de la realidad, la verdad es que, al negar el miedo, nos hacemos más vulnerables porque nos lanza a exponernos a amenazas mayores de las que podemos administrar.

Es imprescindible entender que estos procesos biológicos ocurren dentro de nosotros independientemente de lo valientes o arriesgados que seamos, más aún, si pretendemos construir nuestra propia escala de valoración de riesgos.

Vivir en verde no significa la ausencia total de amenazas, quiere decir que nos encontramos en un entorno en el que nos sentimos cómodos, que estamos preparados a responder en concordancia y alineados con el estímulo externo. Es un estado general de consciencia en el que escuchamos atentamente lo que intuimos y no fabricamos internamente el miedo cuando no existe.

La condición amarilla viene dada por un estado consciente de alerta frente al entorno. Las amenazas no están definidas, aunque podemos intuir las presentes. Nos damos cuenta cuando caminamos por una calle sola u oscura, también cuando nos extraviamos manejando y llegamos a un sector que percibimos peligroso. En esta condición la estrategia es de focalización. No distraernos, concentrándonos en el sitio al que queremos llegar, pensando previamente antes de actuar.

El estado naranja está un nivel por encima del amarillo y se diferencia por la identificación consciente de las amenazas. En este nivel sabemos perfectamente dónde está el peligro y cómo puede actuar en contra nuestro. Pretender ignorarlo sólo agravará la condición. La estrategia de actuación se estructura en tres pasos: 1) disuasión (o intimidación) al agresor. 2) incremento inmediato de los medios que tengamos a mano para protegernos o simplemente escapar de la condición y 3) activación de la búsqueda de ayuda para salir del trance.

La condición roja es el máximo nivel de alerta consciente y debe activarse cuando ya hemos sido abordados por la amenaza. En este punto, no nos queda más que actuar con consciencia y cooperar para salir rápido e ilesos del estado. Aquí, quieto es quieto. No valen actos heroicos y escapar es prácticamente imposible, a menos que tengamos un alto nivel de certeza que no vamos a ser agredidos.

No quedan dudas que en cada condición nuestro organismo incrementará su nivel de tensión frente al peligro lo que nos hará más propensos a actuar sin pensar. Es allí, precisamente, donde nos estamos educando para el miedo. Mientras más consciente estemos de nuestras estrategias, más nos mantendremos alejados de los estados límite y apreciaremos mejor el valor de vivir en verde.



Seguridad, confianza y certeza

La confianza es un valor clave asociado a la seguridad. Es, a la vez, un excelente conductor de las relaciones humanas. Cuando existe confianza las interacciones positivas se incrementan y se fortalecen los vínculos entre amigos, familias o comunidades, lo que redundará en mayor y mejor convivencia, y en más altos niveles de cohesión social.

La confianza, de hecho, en su propia definición encierra una seguridad o esperanza firme en algo o alguien. De allí, que se asocie con la reducción de la incertidumbre hacia el futuro. La confianza es en esencia, una medida de certeza. Sin embargo, la confianza, como el resto de los valores, puede resultar difícil de medir, por ello, las percepciones son determinantes si necesitamos hacerla tangible. Lo que es cierto en relación con la confianza es que sabemos cuándo la tenemos y también cuando la perdemos.

En el análisis del problema de la inseguridad, la confianza o su antónimo, la desconfianza, se presentan de formas e intensidades distintas y pueden operar como indicadores de alineación de políticas públicas orientadas a la reducción de la violencia en una sociedad.

El primer aspecto que destacar es el grado de confianza que depositamos en los liderazgos y las instituciones. El progreso de las sociedades se vincula directamente a la confianza que el ciudadano común deposita en sus líderes desde el momento de elegirlos hasta el cumplimiento de sus promesas. En sentido político, la confianza es el activo de mayor peso para el líder y debe por todos medios protegerlo y hacerlo crecer si pretende tener éxito en el debate. De igual forma, las instituciones forjan su reputación sobre la confianza de la población. Cuando la impunidad del sistema judicial sobrepasa el 90%, no puede esperarse que las policías, el Ministerio Público o los jueces sean dignos depositarios de la fe ciudadana. La calidad y fortaleza del tejido social que arropa y protege a un país es, por ende, una función del grado de confianza que exista en las relaciones entre los actores de un Estado. Una de las perversiones de las democracias convertidas en populismo es la pérdida de la relación de confianza entre gobernados que se sienten traicionados y subyugados por el poder, y gobernantes que dejan de actuar por el bien común y lo hacen para su propio beneficio. En estos escenarios la confianza deja de ser un indicador de calidad social, dando paso al miedo y la represión como nuevos códigos de interacción.

El segundo componente vinculado con la confianza es su contribución en el aumento o disminución del clima de incertidumbre hacia el futuro. La generación de certezas es una vía rápida y directa para la construcción de seguridad. Una ciudad será más segura cuando sus ciudadanos sepan a qué atenerse. Desde el manejo transparente de los presupuestos hasta la publicación de los horarios y las rutas del transporte público, son elementos que impactan en las percepciones de seguridad, certeza y confianza. Los gobernantes deben entender que buena parte de sus responsabilidades pasan por la reducción de incertidumbres. En este punto, la claridad y precisión de las leyes y la minimización de la discrecionalidad de los funcionarios ayudan en el ensamblaje de relaciones positivas y seguras. Este proceso dinámico y complejo que entrelaza las certezas con la confianza es completamente subjetivo y se basa en las percepciones ciudadanas alrededor de la vida pública. Lo significativo aquí es que, en el terreno de la seguridad, son precisamente las percepciones las que dibujan la realidad.

Como último elemento a señalar respecto a la confianza debe destacarse su poder para construir capital social. Se trata de la formación de relaciones colaborativas que generen oportunidades de crecimiento en el marco de normas acordadas de acción. El capital social se mide en sociabilidad y colaboración de los miembros de un colectivo. Se entiende entonces que resulta imposible formar, sostener y desarrollar capital social sin la confianza como ingrediente activo. La convivencia es viable en gran medida, gracias a los altos niveles de sociabilidad que existan en las comunidades y como se sabe, esta es una condición indispensable para la seguridad. La quiebra del capital social implica la pérdida de confianza y el incremento de la incertidumbre. En los llamados Estados fallidos el tejido que integra a los individuos se ha perdido, los ciudadanos no confían en sus líderes e instituciones y el panorama hacia el futuro luce oscuro, desesperanzador, y la inseguridad impera en las relaciones. Todo en gran medida, al desmontaje de la confianza como valor clave de una sociedad de progreso.

Cuando veo la realidad que nos rodea y el tamaño de las dificultades que tenemos frente a nuestro camino hacia la construcción de sociedades más seguras, pienso en las palabras de Jack Welch, uno de mis empresarios y escritores predilectos quién solía decir: "la confianza nos da coraje y amplía nuestros horizontes, permite asumir mayores riesgos y llegar mucho más lejos de lo que imaginamos".



La seguridad, herramienta contra el caos

Si de algo podemos estar seguros es del caos, pues es la condición de *default* del universo. Las leyes físicas que nos rigen establecen que, para pasar de un estado de desorden a otro superior de mayor orden, se necesita energía, mientras que para moverse en sentido opuesto no se requiere nada, solo esperar y todo tenderá al caos. Dejen un vehículo estacionado por un tiempo sin moverlo o cierren una casa y no la visiten por unos meses y verán a qué me refiero. Para entenderlo fácilmente, el orden necesita energía y el desorden ocurre por sí solo. Recuerden la famosa frase "todo tiende al caos".

Tiempo atrás, cuando Isaac Newton descubrió estos principios físicos universales, en los albores del siglo XVIII, en lugar de la palabra *Energía*, utilizó el término *Trabajo* para referirse al proceso de pasar del caos al orden. Desde entonces, a la acción de trabajar podemos definirla como luchar contra el caos. Y la verdad es que vivir en un universo donde todo se desordena no es fácil.

La seguridad se asocia con el orden y la certeza. Por tanto, es una herramienta de trabajo contra el caos. Un día perfecto para los que trabajamos en seguridad es aquel donde todo fluye en la más armónica cotidianidad y todo el esfuerzo se

concentra para que no pase nada. Suena paradójico y hasta ingrato; trabajamos para contener el desorden y la mayoría de las veces la labor diaria no se materializa en obras sino en tranquilidad. Sabemos, sin embargo, que esas jornadas llenas de calma son prácticamente inexistentes en la realidad que nos ha tocado vivir. Por ello, nos preocupamos y en ocasiones sentimos que estamos luchando contra el universo para que nuestras organizaciones estén seguras, pues las cosas no salen usualmente como las planificamos. Pienso que, si lo vemos de forma estricta, es así, el trabajo es la herramienta fundamental para construir seguridad.

El problema radica en que por mucho que trabajemos no necesariamente vamos a vivir más seguros. Quizás en esa obsesión por el trabajo hemos hecho del orden un paradigma. Todo lo queremos parametrizado, clasificado, ajustado a una base de datos y la seguridad no escapa a ello.

Allan Watts, filósofo británico comentaba en su libro *La Sabiduría de la inseguridad* (1951); *“para comprender la seguridad no hay que enfrentarse a ella, sino incorporarla a uno mismo.”* Es esta quizás la forma más sencilla de entender una verdad que nuestra sociedad de la tecnología y la razón se esfuerza por complicar.

Una seguridad más positiva se parece al ser humano consciente de su realidad (y de su inseguridad), por ello, más connaturalizado con su entorno y menos obsesionado con el orden. Sería ideal una seguridad que se alimentara del caos, que no requiriera esfuerzo para funcionar, pero no podemos aspirar a tanto. Lo que sí podemos hacer es diseñar herramientas más intuitivas que regulen el esfuerzo y muestren resultados efectivos.

Estamos en capacidad de construir cultura de prevención que se integre mejor a las organizaciones y que distribuya el gasto necesario de energía entre más involucrados realmente comprometidos. Además, si creemos en la resiliencia, siempre sacaremos el máximo provecho a los errores cometidos, capitalizándolos en enseñanzas permanentes.

La energía siempre será necesaria para tener más y mejor seguridad, y es sin duda alguna una aliada del orden. De lo que se trata aquí es que seamos realmente eficientes predicando y ejecutando una seguridad compartida, haciendo que el trabajo entregue sus máximos resultados con un esfuerzo proporcional y a la vez alineado con la tan anhelada tranquilidad... ¿Será posible...?



El líder de seguridad frente a la adversidad

En la adversidad, la gente busca líderes que le brinden seguridad y esperanza de un futuro mejor. Sin embargo, la proyección de una visión esperanzadora no es suficiente. En tiempos difíciles, las personas siguen no solo a aquellos que irradian una

esperanza de futuro, sino también a quienes son capaces de construir estrategias para salir de las crisis, y al mismo tiempo, gerenciar la incertidumbre.

Los líderes formados para confrontar crisis saben que en momentos deben generar sentido de certeza y seguridad. Esto se traduce en una comunicación directa, propuestas de soluciones concretas y confianza para superar los desafíos. La transmisión de certezas ayuda a calmar los temores y la ansiedad en los miembros de una organización.

La incertidumbre es una característica inherente a los tiempos adversos. Los líderes que pueden gestionar la incertidumbre de manera efectiva son aquellos capaces de reconocer y admitir la complejidad de la situación. En lugar de prometer soluciones inmediatas, estos líderes promueven la transparencia, la apertura y la participación de todos en la organización. Al abordar la incertidumbre con realismo y empatía, se construye una base robusta para enfrentar los desafíos.

La comprensión de la complejidad de los problemas en tiempos adversos es esencial para una gestión asertiva de los riesgos. Los líderes deben ser capaces de analizar las diversas variables, considerar diferentes perspectivas y evaluar las consecuencias de las decisiones a largo plazo. Entender la realidad en sus múltiples dimensiones permite identificar los factores clave que influyen en la situación y tomar decisiones con plena consciencia de sus consecuencias.

En lugar de resistirse o negar la incertidumbre, los líderes deben asumirla con flexibilidad. Esto significa estar dispuestos a adaptar estrategias y planes según evolucione la situación. La rigidez en momentos de adversidad conduce al estancamiento, la frustración y el eventual fracaso. La flexibilidad permite aprovechar oportunidades emergentes y responder de manera ágil a los cambios.

En tiempos adversos, la búsqueda de esperanza y certeza es natural en las personas. Aquellos que logran transmitir certezas y gestionar la incertidumbre se destacan como guías creíbles. Sin embargo, el líder debe estar consciente que la esperanza por sí sola no es una estrategia, por lo que siempre necesita una estrategia que además de ser un cable a tierra, sirva como una ruta hacia el cambio que sus seguidores vean como posible, pero, sobre todo, alcanzable.

En última instancia, la gestión de riesgos está en primera línea a la hora de confrontar la realidad, de allí que los líderes de seguridad que logran transmitir certezas en entornos complejos y asumen con flexibilidad y con una estrategia accionable la niebla de la incertidumbre, tienen más posibilidades de generar confianza y seguir siendo guías efectivos frente a la adversidad.

Si te interesa conocer más sobre temas de seguridad y riesgos, o deseas contactarme, por favor visita mi blog: AlbertoRay.com